

Voluntariado y mundo de la salud

La enfermedad, la discapacidad y el proceso de envejecimiento son situaciones difíciles de sobrellevar y comportan, en medida más o menos evidente, una pérdida de autonomía, diferentes dificultades logísticas, económicas, de organización, psicológicas y espirituales.

El sujeto que padece esta situación, y su familia, muy a menudo no puede hacer frente de una manera satisfactoria a todos los desafíos, se encuentra en dificultad y sufre aún más por problemas entrelazados y consiguientes a su padecimiento: soledad, falta de información sobre sus derechos y servicios disponibles, escasez de recursos económicos, insensibilidad de la gente y de la administración pública, etc.

Frente a estos retos y peticiones de ayuda ya sea que se expresen abiertamente o se vivan en silencio vemos una sociedad que no se queda insensible o pasiva. Afortunadamente reacciona organizándose en grupos, asociaciones civiles, fundaciones, iniciativas benéficas, beneficencia individual, iniciativas de sensibilización, redes de apoyo y muchas otras formas que la generosidad y la creatividad inventan y desarrollan. Existe un entramado de solidaridad que ciertamente no satisface todas las necesidades y peticiones, pero sí alivia, acompaña, estimula, cuestiona, involucra y despierta inquietudes, abre los horizontes de la esperanza. Podríamos evaluar como insuficiente lo que estamos haciendo y tal vez es poco respecto al tamaño de las urgencias. Podríamos burlarnos de estos esfuerzos y decir que son hipócritas: se intenta taponar las fallas que nuestra misma sociedad produce o no atiende. A pesar de todo esto el voluntariado desarrolla otras funciones: da un plus de ánimo a las respuestas institucionales, sensibiliza y critica a la sociedad, ofrece elementos formativos a los valores a las jóvenes generaciones.

También las mejores respuestas de las instituciones (gubernamentales y públicas) necesitan una presencia humana, gratuita y altruista: las necesidades del mundo de la salud no son solamente de tipo médico-clínico-asistencial; se exige también presencia, compañía, acompañamiento.

Pese a su insuficiencia y limitaciones en su actividad y organización, el voluntariado representa una forma de presión, de cabildeo, de estímulo y provocación a las instituciones. Éstas corren el riesgo (es el aporte de los estudios sociológicos) de transformar los medios en fines; es decir, de transformar su organización en la realidad más importante y desgastante de recursos humanos y económicos. Sucede que un programa, una institución, un servicio de salud pierdan o pongan entre paréntesis la razón de su existencia, pierdan su misión y los que allí trabajan y dirigen se dejen envolver por aspectos organizativos, de poder, políticos o sindicales, para garantizar su permanencia y cuota de poder, y no den la suficiente importancia al servicio al ciudadano en sí mismo, que motivó el surgimiento de aquel programa, servicio o institución. El voluntariado puede representar un cuestionamiento que recuerda, una y otra vez, las razones de la existencia y la misión de una organización. Debemos decir, además, que los mismos grupos y asociaciones de voluntariado no están exentos de este riesgo y necesitan una labor constante de motivación y re-motivación para que no caigan en esta espiral de pérdida del fin con una sobre-valoración de los medios.

El voluntariado, además, puede ser “escuela” de madurez para las jóvenes generaciones: ayuda a ser sensibles, a detectar los problemas y necesidades, acostumbra a labores

humildes, cotidianas y constantes, educa a ser ciudadanos atentos e involucrados en las dinámicas sociales, favorece la toma de conciencia de la responsabilidad personal respecto al prójimo, permite el surgimiento de liderazgos efectivos y altruistas.

Todo esto exige una capacidad de diseño de itinerarios formativos específicos y puntuales para los voluntarios ya comprometidos (formación continua) y para el reclutamiento y la formación inicial de los nuevos voluntarios. Se subraya la necesidad de la formación por diferentes motivos: con personas que sufren no se puede improvisar y es necesario estar preparados para ofrecerles lo mejor; para ser interlocutores creíbles con las instituciones y con los profesionistas del mundo de la salud se requiere una preparación que permita al voluntario dialogar, comprendiendo los fenómenos y dando su aporte con humildad, pero al mismo tiempo con competencia; la capacidad de jalar e involucrar a los jóvenes se manifiesta en una capacidad de diálogo, de interpretación de sus ilusiones, de búsqueda de campos de actividad adecuados y de un acompañamiento preciso, respetuoso y estimulante.

El voluntariado, finalmente, es una experiencia comunitaria, que acostumbra a dialogar con los compañeros, a tomar las decisiones comúnmente, a desarrollar programas compartidos, a crear lazos de amistad y compañerismo. Esta dimensión comunitaria es muy importante en nuestra cultura, marcada por fenómenos opuestos de individualismo, subjetivismo, incapacidad de diálogo e intolerancia, violencia en las relaciones interpersonales.

El voluntariado no es ciertamente la solución o la vara mágica para las necesidades de enfermos, ancianos en soledad o personas con capacidades diferentes, o para mejorar los servicios de salud públicos o privados; sin embargo puede desarrollar su actividad “complementaria”, útil e insustituible. Finalmente todos podemos hacer nuestra parte de tarea.